

Evangelio del domingo: Nacimos para vivir para siempre

Comentario al Evangelio del domingo de la 13º semana del tiempo ordinario (Ciclo B). “A ti te digo, levántate”. La gracia que nos es dada en los sacramentos es prenda de vida eterna: amemos esa gracia y fomentemos la gloriosa esperanza del cielo.

Evangelio (Mc 5,1-43)

Y tras cruzar de nuevo Jesús en la barca hasta la orilla opuesta, se

congregó una gran muchedumbre a su alrededor mientras él estaba junto al mar.

Viene uno de los jefes de la sinagoga, que se llamaba Jairo. Al verlo, se postra a sus pies y le suplica con insistencia diciendo:

— Mi hija está en las últimas. Ven, pon las manos sobre ella para que se salve y viva.

Se fue con él, y le seguía la muchedumbre, que le apretujaba.

Y una mujer que tenía un flujo de sangre desde hacía doce años, y que había sufrido mucho a manos de muchos médicos y se había gastado todos sus bienes sin aprovecharle de nada, sino que iba de mal en peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la muchedumbre y le tocó el manto —porque decía: “Con que toque sus ropas, me curaré”—.

Y de repente se secó la fuente de sangre y sintió en su cuerpo que estaba curada de la enfermedad. Y al momento Jesús conoció en sí mismo la fuerza salida de él y, vuelto hacia la muchedumbre, decía:

– ¿Quién me ha tocado la ropa?

Y le decían sus discípulos:

– Ves que la muchedumbre te apretuja y dices: “¿Quién me ha tocado?”.

Y miraba a su alrededor para ver a la que había hecho esto. La mujer, asustada y temblando, sabiendo lo que le había ocurrido, se acercó, se postró ante él y le dijo toda la verdad. Él entonces le dijo:

– Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu dolencia.

Todavía estaba él hablando, cuando llegan desde la casa del jefe de la sinagoga, diciendo:

— Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas ya al Maestro?

Jesús, al oír lo que hablaban, le dice al jefe de la sinagoga:

— No temas, tan sólo ten fe.

Y no permitió que nadie le siguiera, excepto Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Llegan a la casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto y a los que lloraban y a las plañideras. Y al entrar, les dice:

— ¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que duerme.

Y se burlaban de él. Pero él, haciendo salir a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que le

acompañaban, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice:

– *Talitha qum*, que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”.

Y enseguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años. Y quedaron llenos de asombro. Les insistió mucho en que nadie lo supiera, y dijo que le dieran a ella de comer.

Comentario al Evangelio

El Evangelio de hoy cuenta dos milagros de Jesucristo. Como ocurre alguna vez, san Marcos intercala un relato en otro. Mientras Jesús está de camino hacia la casa de Jairo que le pidió la curación de su hija, una mujer enferma desde hace 12 años,

de una enfermedad relacionada con una impureza ritual (cf. Lv 15,25), toca su vestido con el deseo de ser curada. Cuando Jesús preguntó quién le había tocado, “se postró ante él” (v. 33). Manifestó así su fe en el poder de Cristo y confianza en su amor. “— Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu dolencia” (v. 34). Esa afirmación del Señor manifiesta que el milagro exigía fe: un milagro no es algo mecánico. Pero hay más: la curación física está relacionada con otra curación espiritual, que da la gracia de Dios a quien se abre a Jesús con fe. El Señor dice a la mujer: “Hija, tu fe te ha salvado” (Mc 5, 34).

Jesús sigue después su camino hacia la casa de Jairo, uno de los jefes de la sinagoga. Este también se había postrado ante él y le había suplicado (cf. v. 22-23). Pero he aquí que parece que ahora es demasiado tarde: “Todavía estaba él hablando, cuando

llegan desde la casa del jefe de la sinagoga, diciendo: – Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas ya al Maestro?” (v. 35). Jesús sigue adelante, con Pedro, Santiago y Juan, que fueron los primeros discípulos llamados, quizá los más conocidos como tales por todos. Son los que serán testigos de su Transfiguración también, quizá porque Jesús quería confortar en la fe a esos tres que, en el jardín de los Olivos, no sabrán acompañarle en su agonía, quedándose dormidos.

“Llegan a la casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto y a los que lloraban y a las plañideras. Y al entrar, les dice: – ¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que duerme. Y se burlaban de él” (v. 38-40). El episodio nos invita a entender que hay dos sentidos de la palabra “vida”. La verdadera vida no es la de quien meramente respira, es la vida en

Dios. Cristo se refiere a esta, mientras que los que se burlan de él han constatado que la niña ha muerto. El Señor resucita a la niña: “Pero él, haciendo salir a todos, toma consigo al padre y a la madre de la niña y a los que le acompañaban, y entra donde estaba la niña. Y tomando la mano de la niña, le dice: – *Talitha qum* – que significa: «Niña, a ti te digo, levántate». Y enseguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años. Y quedaron llenos de asombro” (v. 40-42).

Las palabras en arameo no son una fórmula mágica, sino que san Marcos expresa con ellas la autenticidad de su relato. Jesús es la resurrección, y también la vida. El relato de Marcos puede significar que Jesús reanima a la niña como ocurrirá con Lázaro: una resurrección para una vida mortal. Pero la resurrección final, cuando vuelva el Señor el último día, será una resurrección para la vida

eterna. En ese sentido se podría leer la afirmación de que “la niña se levantó” (v. 42) como una promesa de vida eterna, ya que su padre había pedido al Señor: “Que se salve y viva” (v. 23).

De hecho, el *Aleluya* de la Misa da una clave de lectura que invita a esa fe en la vida eterna: “Nuestro Salvador, Cristo Jesús, destruyó la muerte, e hizo brillar la vida por medio del Evangelio” (cf. 2 Tm 1, 10). Cristo ha revelado la vida y la inmortalidad, dice san Pablo, quien recuerda después a Timoteo que el Espíritu Santo habita en ellos.

Dios nos ha creado para que subsistiéramos, hemos escuchado en la primera lectura (cf. Sb 1, 13). El *Credo* de la Iglesia reza que el Espíritu Santo es dador de vida: actúa en el tiempo de la Iglesia mediante los sacramentos y en nuestras almas. El Bautismo nos da

la vida de gracia, es el gran don de Dios a la humanidad. Nos hace revivir (cf. Sal 30[29]) para un encuentro personal con Jesús. Estamos invitados a valorar mucho esa nueva creación que es la vida de la gracia, la adopción filial (cf. *Oración colecta*).

Los dos milagros del Señor se pueden contemplar como una invitación a avivar la esperanza del Cielo. “Hazlo todo con desinterés, por puro Amor, como si no hubiera premio ni castigo. – Pero fomenta en tu corazón la gloriosa esperanza del cielo”. Por eso, valoramos mucho la gracia que nos viene por los sacramentos: de modo habitual, mediante la confesión sacramental y la Eucaristía.

Todos los sacramentos son fruto de la pasión, muerte y resurrección del Señor, que pertenecen a la misión de Jesús: el misterio pascual. Es

demasiado temprano para que los discípulos anuncien el milagro, pues es inseparable de ese misterio pascual cuya hora no ha venido todavía. Lo dice Jesucristo, a la vez que, Dios verdadero y también hombre “muy humano”, tiene los pies en la tierra, ya que dijo que dieran a la niña de comer (cf. v. 43). En Jesucristo, lo humano y lo divino se entrelazan para siempre en el Amor.

Guillaume Derville // Photo:
Laura Fuhrman

pdf | Documento generado
automáticamente desde [https://
opusdei.org/es/gospel/evangelio-
domingo-decimotercero-ordinario-ciclo-
b/](https://opusdei.org/es/gospel/evangelio-domingo-decimotercero-ordinario-ciclo-b/) (07/02/2026)